

Jonathan Coe

Escritor

“Me asombra que el libro físico aún exista”

Publica “El señor Wilder y yo” en Anagrama

Juan Cruz

Nada más empezar a leer *El señor Wilder y yo* de Jonathan Coe (Birmingham, 1962) siento uno que el escritor que en los años recientes ha sido acosado por la prensa, por este periodista también, para que hable de los sucesos políticos que hicieron que su tierra natal, Reino Unido, se desgajara de Europa, ya es otro. Ya se libró del ambiente opresivo que fue la dramática decisión británica a la que él mismo se oponía. *El corazón de Inglaterra*, título de su novela anterior, fue su principal declaración contra el Brexit, pero, hartado de que se le pregunte por este demonio reciente de los ingleses, advirtió entre bromas que se cercioraran sus colaboradores en Anagrama, con la que ha publicado toda su obra, de que esta vez no iba a haber sobre la mesa cuestiones de la misma naturaleza. Cómo las iba a haber. El libro es una delicia de ficción que, desde que se comienza a leer parece narrar una realidad sin paliativos. *El señor Wilder y yo* trata del cineasta de ese apellido, Billy Wilder, cuya biografía y actitudes son de amplio conocimiento mundial, por sus películas, por su sentido del humor y porque fue un genio principal del cine de posguerra en Estados Unidos, donde se asiló a raíz del nazismo, y en el mundo entero. Si cuento más de la novela no irían a buscarla y no leerían lo que sigue. Él fue encantador, como su libro.

—¿Cómo consiguió esa sensación de realidad que inspira esta ficción?

—Desde hace tiempo, quería escribir un libro sobre Billy Wilder de no

ficción. Hace unos seis años vi un documental sobre el rodaje de *Fedora* y esa película me intrigó. Era el momento en que su carrera no iba muy bien, le estaba adelantando una nueva generación de cineastas y eso estaba siendo doloroso. Mi editora en Londres me dijo que en Reino Unido no nos importa el cine ni los libros sobre cine, y Billy Wilder es un director muy antiguo, nadie quiere leer sobre él. Así que lo aparté y escribí *El corazón de Inglaterra*. Cuando volví a este libro decidí hacerlo no solo sobre Billy Wilder en un cierto momento de su carrera.

—Su editora inglesa le dijo lo contrario de lo que exclamó Fernando Trueba cuando agradeció su Óscar, que afirmó que Wilder era Dios...

—Conozco a Trueba, y es una delicia de persona. Le admiro desde hace años. No sabía que conociera tan bien a Wilder. Mientras escribía el libro solía entrar en Twitter y buscar las palabras Billy Wilder para saber qué decía la gente sobre él. Y el 80% de lo que había estaba en español. Yo no soy solo fan de las primeras películas de Wilder, también me encantan las de los 60 y los 70, las que escribió con Iz Diamond. Y adivinaba, por los comentarios que veía en Twitter, que el único país en el que estas películas seguían siendo populares era España.

—Azcona tenía un humor parecido. Usted toca el corazón de la amistad que nos une a Wilder.

—Sí. Desafortunadamente, en Reino Unido no conocemos el cine español. Conocemos a Almodóvar porque es famoso en todo el mundo, pero no vemos mucho cine extranjero. Hace diez o quince años escuché

por primera vez la palabra Berlanga. Un amigo español me recomendó *Bienvenido Mister Marshall* y *El verdugo*. Y pensé: caramba, pero si son películas de Billy Wilder hechas en España en los 50 y los 60.

—Billy Wilder estaba muy cercano a una forma europea, incluso italiana o española, de ver la vida.

—Sí, es irónico. Agrídulce. Creo que por eso es tan buen cineasta. Hizo las películas más agudas y visionarias sobre América sin perder nunca su perspectiva europea. Muchos de los grandes directores y guionistas de Hollywood venían de Europa, pero ninguno de ellos tenían un ojo tan agudo y cínico para América como el que tenía él. Y al mismo tiempo estaba agradecido a América y la quería por haberle dado refugio. Tenía una relación de amor-odio con la vida americana y la cultura y la política, que es lo que hace que sus películas sean tan complejas e interesantes.

—Desde el principio del libro da la sensación de que hay una rapidez que nace de que le gusta lo que cuenta, de que lo disfruta. ¿Es así?

—Sí. Al principio estaba un poco nervioso porque nunca había intentado escribir un libro sobre una persona real. Además, estaba escribiendo desde el punto de vista de una mujer joven, lo que era extraño para mí, pero resultó ser un libro con suerte. Hay libros con suerte y libros con mala suerte, libros fáciles y otros difíciles. Este resultó ser afortunado y fácil. Decidí estructurarlo alrededor de una serie de comidas. La primera gran sección del libro tiene lugar en el restaurante que Billy tenía en Beverly Hills, el Bistro, en el que co-

men comida francesa. Luego está Grecia, donde tuvo lugar el rodaje y tienen estas maravillosas cenas al fresco de comida griega. Y luego en Alemania, donde hay otro restaurante en el que comen comida bávara y Wilder habla de sus recuerdos del Holocausto y de lo que le pasó a su familia. Y terminamos en Francia, donde tienen este momento de epifanía cuando van al campo y comen queso Brie y beben vino tinto.

—Es un libro soleado, lleno de amor por el cine. No solo por su parte, sino también por la de Wilder, que dice adiós a varios prejuicios y acaba amando a Spielberg.

—Sí. En la vida de un artista, siempre es un momento muy doloroso cuando te das cuenta de que ya no entiendes el gusto del público. Y que la gente que va al cine ya no quiere ver las películas que haces. Así que también hay dolor en el libro, porque eso es lo que Wilder siente. Él era un tío listo, inteligente y también generoso. Por supuesto, estaba viendo las nuevas películas de Coppola, Scorsese y Spielberg, y sabía que estaba pasando algo muy nuevo y emocionante en Hollywood. Y eso le excitaba. Pero le creaba ansiedad y temor, porque se daba cuenta de que las películas que él hacía se estaban pasando de moda. Es agrídulce, pero hay un verdadero aprecio y generosidad hacia esos chavales con barba, como él los llamaba. Y siguió, aunque poco después del momento que describe mi libro dejara de hacer películas, siguió viéndolas y fue muy generoso en sus juicios sobre los cineastas jóvenes. Incluyendo a Trueba, o a Volker Schlöndorff, a quien admiraba y con quien trabajó amistad. Me resulta fascinante cómo los cineastas responden a otros cineastas. Hace poco vi en YouTube una entrevista con Robert Bresson cuando era muy mayor. Hablaba con muchísima pasión de una película que acababa de ver y que admiraba tanto que quería verla una y otra

vez. Y era una de James Bond, con Roger Moore, *For your eyes only*. Me pareció increíble. Nunca hubiera pensado que Bresson era fan de James Bond. Pero nunca sabes lo que un artista va a admirar de otro.

—Menciona usted un discurso de Wilder en una cena del rodaje. ¿Fue real esa diatriba sobre la realidad del nazismo?

—Lo real es que cuando se encontraba con negacionistas del Holocausto les decía: “Vale, si no hubo Holocausto, ¿dónde está mi madre?”. Esa parte de la escena es verdad. Pero el contexto del restaurante bávaro en el que él ofrece una cena en honor del compositor húngaro Miklos Rozsla me lo inventé. Pero aquella sí era su respuesta a los negacionistas. Escribí la primera mitad del libro en Portugal, luego hubo un intervalo de dos meses en el que no escribí nada. Y la razón de que esperara dos meses era que no sabía cómo iba a escribir esa escena, porque la historia que Wilder iba a contar, solo él la podía contar. Calista no la podía contar porque ella no estaba allí cuando eso ocurrió. Así que pensaba que iba a tener que escribir un monólogo, durante 30 o 40 páginas. Y no me pareció que fuera a funcionar, pensaba que iba a ser demasiado aburrido para el lector. Entonces me acordé de una cosa de Wilder que siempre me pareció un poco rara. Empezó su carrera como periodista en Viena y Berlín, escribió muchos artículos que acababan de ser traducidos y publicados. Cuando llegó a Estados Unidos dejó de hacer periodismo. Así que me di cuenta de que desde los años 30 lo único que había escrito eran guiones, películas. Se convirtió en la única manera en la que contaba historias. Así que pensé que si iba a contar la historia de su juventud tendría que ser en un guion, porque esa es la única manera en la que se expresa en la segunda mitad de su vida. Así que me puse con ese guion a modo de experi-

Una vida que valga la pena

Marshall Goldsmith
y Mark Reiter
Indicios, 288 páginas

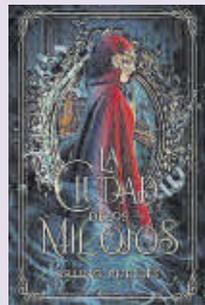
Vivimos una vida que vale la pena cuando las elecciones, los riesgos y el esfuerzo que hacemos en cada momento se alinean con un propósito global en nuestras vidas, independientemente del resultado final. La última parte de la definición es la traicionera. Estamos demasiado constreñidos por los resultados. Marshall Goldsmith, uno de los coaches de ejecutivos más reconocidos del mundo, nos ofrece una forma de compatibilizar esa persistente necesidad de tener logros con las inevitables injusticias que suceden en este mundo.



La ciudad de los mil ojos

Bruno Puelles
Puck, 448 páginas

La Serena se alza sobre las aguas, protegida por los demonios que las habitan y que, durante el carnaval, salen de los canales y asisten a las fiestas que se celebran en su honor. Entre baile y baile, nace una conspiración. Es entonces cuando se cruzan los caminos de Baldizere Abaqua (un guapo y codiciado aristócrata de la Serena), Mirlo Yavuz (un paria descendiente de los imperiales que tiene un interés muy particular en los demonios que acechan la ciudad) y los mellizos Pelegrina y Ventura Malatesta (dos ladrones a los que un cliente misterioso ha hecho un encargo...)



El libro de la noche

Holly Black
Umbriel, 414 páginas

Charlie Hall se ha pasado media vida trabajando para los umbristas, personas capaces de manipular las sombras para colarse en habitaciones cerradas con llave, estrangular a alguien mientras duerme o hacer cosas incluso peores. El gran celo con el que los umbristas guardan sus secretos ha creado un mercado clandestino de grimorios. Y para robar a sus rivales... necesitan a Charlie Hall. Aunque últimamente Charlie se esfuerza por alejarse de los errores de su pasado, no es fácil hacerlo cuando una trabaja como camarera en un antro de mala muerte, demasiado cerca de los corruptos bajos fondos de los Berkshire. S.R.

